

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA
AÑO JUBILAR LEBANIEGO
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

CONSEJO DE ASESORES
FACULTAD DE LA MAGISTERIA
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
SANTANDER

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA BRISO
con la colaboración de Laura Rodríguez

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

PARODIA Y PATOLOGÍA ERÓTICA EN «LA CELESTINA»: EL BINOMIO CALISTO-SEMPRONIO

MARCELINO V. AMASUNO

Universidad de McGill, Montreal

SI NOS RESULTA peculiar la actitud de ciertos personajes de *La Celestina* es en tanto que se nos presentan como víctimas de sus inclinaciones y contradicciones. Todos y cada uno de ellos seguirán una trayectoria en su comportamiento que ha de descubrir al individuo –según la función y finalidad de su propia pasión amorosa– en una doble vertiente: como sujeto paciente y/o como espectador(es) dentro de un ámbito de complejo mecanismo de grupo, por mínimo que éste pueda presentarse. Fuere quien fuere el personaje a quien sometamos a examen, como ente de ficción se nos revela incapaz de controlar la poderosa fuerza de su pasión, que se erige como *fatum*. Corolario lógico que se sigue es que quede abandonado y a la deriva en la «natural contienda» de su propia existencia, «laberinto de errores», sin orden ni concierto.¹ Dentro de este contexto vital, el amor pasional deviene en la obra de Rojas instrumento de la ciega Fortuna, cuyas veleidades lo someten a una imprevisible *ars combinatoria* que lo llevará tarde o temprano a la destrucción y la muerte. Siendo éste ingrediente que remata la fórmula vital que para sus personajes tan sabiamente ha elaborado el autor, interesa al lector actual percibir el despliegue del proceso científico que la justifica racionalmente. Bajo esta luz, es labor imprescindible develar los mecanismos de orden científico –fuerzas condicionantes soterradas bajo un cierto discurso, en este caso el médico– que van a permitir al primer autor (y a Fernando de Rojas, que le completa) exponer un específico contenido ideológico en torno a una realidad fenomenológica, la pasión amorosa como proceso patológico. Que ello es factor integrador y ordenador –dentro de un sistema de dualidades cambiantes– de múltiples resonancias y vestigios libresco inmersos en su texto, me parece de meridiana evidencia.² Dentro de este cauce referencial, en *La Celestina* fluirán diversas corrientes ideo-

¹ *Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. P.E. Russell, Castalia, Madrid, 1991, p. 599. Todas las referencias al texto de Rojas que figuran en este trabajo remiten a esta edición.

² De ahí la importancia que deseo conferir a la clave semiótica generada por el discurso médico, cuyo protagonismo entra en liza con otros que, sin dejar de ser elementos conformadores de la obra, adquieren por fuerza otras tonalidades. De ello es perfectamente consciente M.E. Lacarra en su segunda edición de la obra de Rojas (*Hispanic Seminary of Medieval Studies*, Madison, 1995), donde destacan de modo especial las notas de carácter médico.

lógicas que marcarán rumbo al talante amatorio de sus personajes, dejando a flote –tras desastrado naufragio– la explicación científica que confiere valor credencial a sus gestos y palabras. Para lograrlo, ambos autores manipularán un conjunto de fórmulas discursivas cuya codificación generará en aquellos personajes una tensa contraposición –en tanto seres humanos de ficción que son– entre vida condicionada (social) e instinto. Lo cual implica la fundamental idea de que ese «ilícito amor» (p. 213) de que habla Melibebea, al comunicar su (irresistible) deleite, sea no solamente la ineludible fuerza que la lanzará en brazos de Calisto, sino también –ahora en las solas manos de Rojas– una de las claves explicativas de la totalidad de la obra. Y lo es en cuanto que deja patente la noción de que, pese a todo, el instinto sexual resulta ser siempre el vencedor de la razón en la minimalista pelea que se entabla y se resuelve en la palestra vivencial de todos y de cada uno de aquellos personajes. Caso puntual es el que atañe a uno tan señalado como es el que se esconde tras el nombre de Calisto.

En los parlamentos de Calisto –que quieren actualizar una realidad semántica propia de confusos moldes retóricos de procedencia cortesana y caballeresca–, chocan sus palabras con su modo de actuar, dando lugar a una incongruente paradoja. Obliga ello al lector –*alter ego* de Fernando de Rojas, en constante alerta– a indagar las causas que la provocan, que no pueden ser otras que las inscritas, como proceso fenomenológico, en la disfuncionalidad llamada por médicos y (filósofos) naturales *amor hereos*. En este específico quehacer creador, el primer autor, conocedor como es de Aristóteles, despliega –*in medias res*– facetas del proceso fisiológico que se origina en el alma de aquel (Calisto) que, aparentemente, se ve asaltado –mediante el requerido acto de visión– por la pasión ante la inusitada presencia de una figura perfecta (Melibebea) en su estimativa.³ Canonizada ya como manido *topos* a finales del siglo XV, la percepción aristotélica de este fenómeno había quedado formulada desde hacía siglos por el discurso médico, que lo integra armoniosamente en el paradigma curador hipocrático–galénico, imperante en el tardo medioevo. Su expresión más cercana al primer autor y a Rojas –en el espacio y en el tiempo– se halla en la pluma de un acaso compañero universitario del toledano, el todavía licenciado Francisco López de Villalobos, quien en varias instancias –y no exento de maliciosas sorna– ofrece a sus escasos lectores una muestra de algunas de sus características:

³ Remito, naturalmente, a la controvertida escena del encuentro sostenido por Calisto y Melibebea y que abre la obra. Téngase muy en cuenta, para su interpretación, la que ofrece M. Garci-Gómez, «El sueño de Calisto», *Celestinesca*, IX (1985), pp. 11-22, extendidamente desplegada en *Calisto: soñador y altanero* (Reichenberger-Estudios de Literatura 23-, Kassell, 1994), y siguiéndole, R. Castells, «El sueño de Calisto y la tradición celestinesca», *Celestinesca*, XIV:1 (mayo 1990), pp. 17-39, y luego en *Calisto's Dream and the Celestinesque Tradition: A Rereading of Celestina*, North Carolina University Press, Chapel Hill, 1995, que para nada afectan a lo que sigue en este mi trabajo. Váyase también a D. McGrady, «The Problematic Beginning of "Celestina"», *Celestinesca*, XVIII:1 (1994), pp. 31-51, así como a I. Mitzelena, *Algunas observaciones acerca del comienzo de «La Celestina»*, Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao, 1996.

Amor hereos, según nuestros autores,
 es vna corrupta imaginación
 por quien algún hombre se aquexa de amores,
 y en este ques hito de los trouadores,
 sin ser lisonjero, diré mi razón.
 Sabed por muy cierto quel entendimiento
 jamás no se mescla en aquestas pendencias;
 como es gran potencia y padecía el tormento,
 engaña consigo a las otras potencias.⁴

Adhiriéndose sin tapujos a una visión materialista del amor-pasión, el primer autor se apresta a reparar este entuerto, sometiendo el discurso ejecutor de aquella tropelía a un tratamiento terapéutico—nada lisonjero— de carácter paródico. Un discurso que, hasta entonces, había podido mantener a duras penas la convencional fidelidad semántica del que era—o debería ser— celoso cancerbero. En conclusión, la pretendida armonía unitaria que el discurso amatorio mantiene o debe mantener—en el interior de todas sus partes— entre el significante y el significado, se nos antoja ya quebrantada cuando llega a manos de Rojas el primer acto de lo que va a ser su obra futura. La desmesura y excesos cometidos en aras de las variadas fórmulas en que se plasma la praxis poética del amor cortesano había, por necesidad, de justificar, por parte del anónimo y de Rojas, el implícito deseo de desenmascarar su impostura.⁵ Si, como recientemente se nos ha aleccionado, en *La Celestina* «la parodia de las historias sentimentales es total», la historia sentimental de Calisto no puede ocultar su total carácter de personaje que habla y actúa como lo hace impulsado por su concupiscencia. Este simple hecho marca, *ab initio*, el cariz que presenta la cruel y descarnada crítica a que somete el primer genitor a su personaje, ayudado por las armas que, bien guarnecida, le ofrece la parodia.⁶ Así y de entrada,

⁴ Francisco López de Villalobos. *El sumario de la medicina* (1498), coord. L. Sánchez Granjel, Real Academia de Medicina-Universidad de Salamanca, Salamanca, 1998, p. 57. Váyase, para una exposición histórica más pormenorizada del mecanismo fisisicológico que se opera en el paciente, a M. Ciavolella, *La «malattia d'amore» dall'Antichità al Medioevo*, Bulzoni, Roma, 1976, y, de forma especial sus pp. 77-79, así como la global que ofrecen D. Beecher y el mismo Ciavolella en su extensa introducción a su traducción de un tratado erotológico de principios del siglo XVII: *Traité de l'essence et guérison de l'amour, ou mélancholie erotique*, Toulouse, Colombrier, 1610 (Jacques Ferrand. *A Treatise on Lovesickness*, Syracuse University Press, Syracuse-N.Y., 1990, pp. 70-82).

⁵ Remito, en cargo a este propósito, a P.M. Cátedra, *Amor y Pedagogía en la Edad Media (Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989, especialmente pp. 65-67.

⁶ Ver muchas de las juiciosas apreciaciones sobre este aspecto en M.E. Lacarra, *Cómo leer La Celestina*, Júcar, Madrid, 1990, de donde extraigo la cita de que me he apropiado (p. 52). Que, naturalmente, hay que meter en esta danza flagelatoria a Andreas Capellanus y su *De amore* (c. 1170) es cosa que estableció contundentemente A.D. Deyermond, quien nos mostró con suficiencia cuán pobre era el talante discente de Calisto como amorador cortés («The Text-Book Mishandled: Andreas Capellanus and the Opening Scene of *La Celestina*», *Neophilologus*, XLV (1961), pp. 218-221); le sigue muy de cerca John Devlin («*La Celestina* a Parody of Courtly Love: Towards a Realistic Interpretation of the Tragicomedia de Calisto y Melibea», Las Américas, Nueva York, 1971) y, con mayor,

rompiendo toda norma protocolaria que impone la ocasión, el discurso de Calisto subvierte las convenciones –y el excelso propósito– que exige el amor cortés al aludir a dos circunstancias que concurren en su encuentro con Melibea: el lugar (no público), tan conveniente para sus designios y, segundo, el «secreto dolor» que dice sentir. Estas dos importantes circunstancias, por sí solas, implican ya la indudable ilicitud de la relación que pudiera surgir entre los dos jóvenes. No digamos nada del «galardón» que el joven espera alcanzar, no tanto por «el servicio, sacrificio, devoción y obras pías» (p. 211) que como bien nacido caballero –*noblesse oblige*– ha realizado, realiza y realizará por su dama, sino más bien por su desvergonzada promesa de hacerlo. La insensatez de Calisto, ególatra por antonomasia, dispara la mal contenida ira (¿genuina?) de Melibea, dominada a su vez por su desafortunada vanidad femenina. En efecto, la nada retórica y sinuosa pregunta de la joven («¿Por tan gran premio tienes éste, Calisto?»); completada por una más que destemplada réplica, tan cargada de ambigüedad, presta cauce apropiado a su furia: «¡Pues aún más igual galardón te daré yo si perseveras!» (p. 212).⁷ La altanería de que ha dado prueba Melibea –que ha leído mucho y razonablemente bien– sumerge a Calisto, en apariencia, en un estado de postración emocional cuyos trazos patognómicos parecen seguir, *ad litteram*, los descritos por algunos de los más prestigiados manuales médicos al uso. El cuadro clínico que presentará el quejumbroso caballero va a ser desplegado con ejemplar minuciosidad por nuestro anónimo autor, digno émulo de Asclepio. En calidad de tal, el primitivo hace aflorar el filón oculto de una *ars medica* que, a partir de este momento, abrirá en la obra un campo de acción poética de no escasa relevancia. Por necesidad, este filón obliga a su autor a tener en cuenta, además de las leyes de orden estético, las que impone esta ya acreditada *scientia*, que aspira a *explicar* científicamente el comportamiento del individuo y del entorno que sobre éste gravita. La dinámica que dará sentido a ambos, macro y microcosmos juntamente, será la que brota de una fuerza energética que se impone sobre ellos, irresistible y subordinadora de las demás: la fisiátrica.⁸

amplitud, June Hall Martin (*Love's Fools: Aucassin, Troilus, Calisto and the parody of the courtly lover*, Tamesis, Londres, 1972, pp. 71-134). Disiente de todos ellos Ricardo Castells en «Calisto and the Imputed Parody of Courtly Love in *Celestina*», *Journal of Hispanic Philology*, XV:3 (1991), pp. 209-220; y más recientemente en «*El Cortesiano* de Castiglione y la representación del amor sensual en *La Celestina*», *Castilla*, XX (1995), pp. 33-45.

⁷ Desde S. de Madariaga («Discurso sobre Melibea», *Sur* X:76 (1941), pp. 38-69), O.H. Green («La furia de Melibea», *Clavileño* IV:20 (marzo-abril, 1953), pp. 1-3) y G.D. Trotter («Sobre La furia de Melibea», *Clavileño*, IV:25 (enero-febrero, 1954), pp. 55-56) hasta M.E. Lacarra («La ira de Melibea a la luz de la filosofía moral y del discurso médico», en *Cinco siglos de «Celestina»: aportaciones interpretativas*, ed. R. Beltrán Llavador y J.L. Canet; Universidad de Valencia, Valencia, 1997, pp. 107-120), se han prodigado las explicaciones sobre la conducta de la joven, sin que por ello tal cuestión haya dejado de ser –como quería nuestro taimado autor para su obra al prologarla– «instrumento de lid y contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias» (p. 200). Más por extenso, toco esta cuestión, saliéndome de la senda tradicional, en «La enfermedad de Melibea: dos perspectivas médicas en torno a la *ægritudo amoris* en *Celestina*».

⁸ En las obras médicas que he consultado, ninguno de sus autores aproxima tanto su descripción de los síntomas que muestra Calisto como lo hace Ad-Damiris en su *Hayat al-Hayawan*, y que se pueden leer en la tan

Avizorado el panorama estético de *La Celestina* desde esta atalaya antropológica, cualquier letrado de los últimos años del siglo XV, incluso en su más endeble conocimiento de la *scientia medica*, se sentía capacitado para descubrir la clave explicadora del proceso emocional (*accidens animi*) que experimenta Calisto. Viene descrito en el tranco semiológico del capítulo dedicado por Villalobos al «mal de amores, que Auicena llamó ilisci (ár. al-*išq*, amor excesivo) y los griegos le llaman hereos», en su conocido *Sumario de la medicina*:

Uerásle al paciente perder sus continos
negocios y sueños, comer y beuer,
congoxas, sospiros y mill desatinos,
desear soledades y lloros mesquinos,
que no ay quien le valga ni pueda valer,
perdida la fuerça, perdido el color;
y quando le hablan damor luego llora
y el pulso es sin orden y mucho menor;
y nunca se esfuerça y se haze mayor,
sino quando puede mirar su señora.⁹

En el listado semiopatológico que nos presenta el futuro médico real, importa, sin descartar otros factores, destacar los «mill desatinos» que aquejan a este tipo de paciente, por la parte que a Calisto toca. En el comentario a su traducción de la *Comedia de Anffitrión* plautina, desmenuza un factor al que todos los médicos atribuyen enorme importancia y consideran faceta esencial del estado mental en que está inmerso cualquier enamorado, la *alienatio*:

[Y] así la imaginativa, para pensar distintamente las cosas, es menester que no tenga imagen hecha ni habituada dentro de sí, porque si la tiene es mentirosa y *enajenada la imaginación*. Y cuanto piensan, todo es del metal de aquella imagen que allí está; de aquello habla el alienado y en ello está rebtado y transportado, de tal manera que ni oye ni ve ni entiende cosa que le digan ni responde a propósito ... [E]stos se llaman alienados, en los cuales hay grados de más y de menos, como en todas las disposiciones (patógenas) suele acaecer.¹⁰

Iluminadora monografía de los aspectos médicos en el *The Knight's Tale* de Geoffrey Chaucer, «The Loveres Maladye of Hereos», *Modern Philology*, XI (1913-1914), pp. 491-546, de J. Livingstone Lowes (p. 517). Es de lamentar el casi total olvido en que ha quedado sumido este excelente trabajo, al que tanto debe el mío. Disiento –sólo en su primera parte– de lo que dice Lacarra cuando afirma que «los cambios que experimenta Calisto se salen de las descripciones médicas y de su plasmación en la literatura medieval» (*Cómo leer*, p. 57).

⁹ *Sumario*, p. 59a. A tenor de lo dicho por el futuro médico real, quisiera, en este punto de la exposición, recordar –por lo afortunadas– estas palabras de George Lyman Kittredge: «What to the physician were symptoms ... became, in the chivalric system, duties -ideals of emotion which the true lover must live up to, and which the hypocrite takes pain to counterfeit» (*Chaucer and His Poetry*, Cambridge University Press, Cambridge (Massachusetts), 1915, p. 125).

¹⁰ Esta parcial descripción de la mecánica fisio-sicológica del *mal de amores*, válida para los últimos años del siglo XV y primeros del XVI, está en el cap. VI («Cómo el amador es loco de atar») (*Curiosidades bibliográficas. Co-*

Calisto, con la imagen de Melibea indeleblemente engastada en su imaginación, es víctima de una alucinación que le mueve a prorrumpir —y ahí está Sempronio para certificarlo— en denuetos, improprios, devaneos y amenazas de suicidio. El criado, que no ha comprendido la extraña reacción de su señor, ha captado en cambio el nombre de Erasístrato —se dispara la parodia— en el primer lamento de su amo («¡O si vini[é]ssedes agora Erasístrato, médico, sentiría[de]s mi mal!», p. 214).¹¹ Remedando al famoso arquiatra, el sirviente se presenta ante Calisto cual grotesco y salmantino emulador del griego, preguntándose sobre la causa que ha dejado en situación tan lamentable a su señor: «¡O desventura! ¡O súbito mal! ¿Cuál fue tan contrario acontecimiento que así tan presto robó el alegría deste hombre y, lo que peor es, junto con ella el seso?» (p. 216). Es decir, el criado ve a su amo como un alienado, sin todavía percibir la causa de la desgracia que cae sobre él; su primer interés reside en alejarse de su ira, sin detenerse en otras consideraciones que, a los pocos instantes, asaltan su espíritu. Las dubitaciones que expresa vienen adobadas por la socarronería de una paremiología científico-popular («Asaz es señal mortal no querer sanar», p. 216) y *sententiae* de neta procedencia médica («que oýdo he dezir que es peligro abrir o apremiar las postemas duras, porque más se enconan», p. 217), plegada al servicio de sus mostrencos intereses.¹²

lección escogida de obras raras de amenidad y erudición, ed. A. de Castro, Biblioteca de Autores Españoles 36, Madrid, 1871, p. 489a). De modo meridiano, A. Castro ya hizo constar que el amor que siente Calisto por Melibea es simplemente un «ansia impotente de un joven adinerado encendido de sensualidad» («*La Celestina*» como *comienda literaria, castas y casticismos*, Revista de Occidente, Madrid, 1965, p. 160). M.R. Solomon, por su parte, considera que «*Celestina* is less a work about the amorous pursuits of a courtly lover than a work about the misguided attempts of an ailing lover to remedy the physical and psychological ills of his sexual frustration» («Calisto's Ailment: Bitextual Diagnostics and Parody in *Celestina*», *Revista de Estudios Hispánicos*, X:1 (enero 1989), pp. 41-64, aquí, p. 42), postura que comparto sin restricción.

¹¹ En oposición a «Eras y Crato», que es la lectura que ofrecen las ediciones de Burgos (1499), Toledo (1500) y Sevilla (1501), opto por «Erasístrato»; siguiendo lo sugerido por R. Menéndez Pidal hace ya muchos años («Una nota a *La Celestina*», *Revista de Filología Española*, IV (1917), pp. 50-51), que recuerda más tarde E. Scoles («Due note di filologia quattrocentista spagnola: II. Seleucal», *Studi di Letteratura spagnola* (1975-1977), pp. 180-186), seguida, ya más en la actualidad, por P. Botta («La edición de *La Celestina* actualmente en prensa», *Incipit*, XVI (1996), pp. 127-142). Nótese la corrección a que someto el texto de la edición de Russell que estoy empleando y que hago concordar con la que presenta Lacarra en su edición (p. 10). Ver para todo este deturpado pasaje la información aportada por P. Russell (pp. 214-215, n. 27), M.E. Lacarra (pp. 144-145, n. 27) y J. Rodríguez Puértolas en la suya (*La Celestina. Fernando de Rojas*, Akal, Madrid, 1996, p. 88, n. 10). Para una lectura muy distinta en este tramo textual, acúdase a D. McGrady, «Two Studies on the Text of the *Celestina*», *Romance Philology*, XLVIII:1 (August 1994), pp. 1-21, especialmente la sección segunda («Eras, Crato, Erasístrato, Seleuco and "El plebérico corazón": An Explication», pp. 9-19).

¹² La primera frase es refrán muy conocido que recoge Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (ed. L. Combet, Université de Bordeaux, Bordeaux, 1967, p. 54). A este respecto incumbe señalar que se corresponde perfectamente con el *aforismo* 4, sección 5 del libro IV del tratado hipocrático *Epidemias*. En cuanto a la segunda, percibo también una fuerte semejanza con estos versos ovidianos: «Qui non est hodie, cras minus aptus erit./ Vidi ego quod primo fuerat sanabile vulnus/ Dilatum longas damna tulisse moras» (Ovidio, *Les remèdes à l'amour. Les produits de beauté pour le visage de la femme*, ed. y trad. H. Bornecque, Les Belles Lettres, Paris, 1930, vv. 103-106, p. 13). Resulta ser una festiva glosa del texto perteneciente a los *aforismos* 29 y 30 de la

En marcha ya la parodia, Sempronio tiñe su interesada decisión de prestar ayuda al caballero echando mano a algunos dichos sentenciosos –al tiempo que los adultera– que pretenden infundir una falseada generosidad a su gesto:

Por otra parte, dicen los sabios que es grande descanso a los afligidos tener con quien puedan sus cuytas llorar, y que la llaga interior más empece. Pues en estos extremos en que estoy perplexo, lo más sano es entrar y sufrirle y consolarle, porque si possible es sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarescer por arte y por cura (p. 217).

Tal vez aluda Sempronio a Galeno, quien, si hemos de creer a Johannes Afflacijs (siglos XI-XII) en su *Liber de heros morbo*, señala cuán onerosa es esta enfermedad. En efecto, el griego recomienda aliviarla mediante la conversación con los allegados y bienquistos: «Colloqui –inquit– dilectissimis laborem a membris subtrahit», frase que calca a la perfección Sempronio (más bien el anónimo, claro). Acaso otro de aquellos sabios fuese Caelius Aurelianus, quien –a finales del siglo IV y principios del siguiente– ya había recomendado el más exquisito tacto en el trato con los afectados por la locura (cap. *De mania*). En cuanto a la conducta que han de seguir los criados del paciente, este médico bizantino recomienda que no cometan el yerro de consentir con todo lo que arguya su amo, corroborando sus fantasías y, así, aumentando el grado de su alienación. No obstante y como contrapartida, no deben caer en el error de oponerse a todo lo que diga el paciente, pues aumentaría la severidad del ataque. Que unas veces finjan estar de acuerdo y simultáneamente les vayan dulcemente dirigiendo; en otras, corrijan indirectamente sus ilusiones, señalando dónde se halla la verdad.¹³

Así pues, Sempronio, situado ante un diagnóstico erizado de dificultades, tiene ante sí un solo dato que le puede aclarar la situación: la locura de que da continua muestra el (involuntario) paciente, Calisto. Éste no hace más que refrendar, una y otra vez, la perfecta percepción que de su estado parece haber alcanzado su criado («No me engaño yo, que loco está este mi amo», p. 218). En efecto, Calisto acude en ayuda de Sempronio cuando, catapultado hacia la esfera teológica y autodeclarado –no le duelen prendas al hacerlo– culpable de herejía («¿Qué a mí?»), entona las famosas palabras («Melibeo soy...»). Es, incuestionablemente, el inicio de un amoroso credo que se aprestará a ir salmodiando públicamente –para escándalo de Andreas Capellanus y sus incondicionales– frente a sus criados y poco después ante Celestina. Las palabras de Sempronio no pueden ser más brutales: «Como Melibea es grande no cabe en el corazón de mi amo, que por la

sección 2 de esta obra (*Tratados hipocráticos*, I, ed. C. García Gual et alii, Gredos, Madrid, 1983, p. 254) o al segmento final del apartado décimo del opúsculo hipocrático *Sobre el médico* (*Oeuvres complètes d'Hippocrate, traduction nouvelle*, IX, ed. É. Littré, Adolf M. Hakkert, Amsterdam, 1982, p. 217).

¹³ Para Afflacijs-Galeno, vid. M. Frances Wack, «The *Liber de heros* (sic) *morbo* of Johannes Afflacijs and its Implications for Medieval Love Conventions», *Speculum*, LXII (1987), pp. 324-344, cita en p. 328. Para Caelius Aurelianus, *On Acute Diseases and on Chronic Diseases*, ed. I.E. Drabkin, Chicago University Press, Chicago, 1950, p. 543.

boca le sale a borbollones» (p. 220). Las del criado, por lo ofensivas, son esenciales en esta coyuntura, por cuanto que abren los primeros compases de un orquestado ataque a la mujer en general y a Melibea en particular, a lo menos en dos frentes: el poético y el antropológico. En aquél, el drástico expolio y desvirtuación que sufre Melibea la despoja de la veste espiritual con que, en su calidad de dama, dota a la mujer la ya multisecular tradición occidental. El porfiado destejer instrumentado por la literatura misógina –tan laboriosa en esta cultura como su competidora– contribuirá a imponer, condicionándola en su proceso, otra visión del eterno femenino, que es a la que se arrima la desconsiderada ofensa lanzada por el criado de Calisto.¹⁴ No me refiero ahora a la desarrollada por ciertos (des)tejedores tan caracterizados como son los teólogos y moralistas –tanto en la cátedra, civil y eclesiástica, como en la palabra escrita–, sino a los naturalistas, quienes, con Aristóteles como adalid, ganan la batalla. Este triunfo, a todos los efectos, comportará la definitiva imposición de la segunda visión, de suerte que, en su calidad de mecanismo fisio-sicológico, la hembra vendrá a ser considerada, respecto al varón, de todo punto inferior.

Esta percepción, de cuya validez científica –no poética– nadie duda un instante, se impondrá desde muy antiguo y, en Salamanca, despega su vuelo llevada por los vientos favorables levantados por el planteamiento de índole naturalista en torno al amor pasional que brota y germina en el *studium generale* y su entorno. Por eso, es este momento de valiosa significación en el Auto I, puesto que el accidental curador ha coronado una etapa que, aunque inicial en su improvisada *praxis*, no carece de importancia: el pronóstico –que tan evidente se ofrece a su consideración– es que la locura que aqueja a Calisto es una locura de amor.¹⁵ Resulta, por tanto, de toda evidencia –aunque esto no lo haya leído Sempronio en ningún sitio– que si no es fácil descubrir al amante levemente tocado por el amor, resulta juego de niños detectarlos cuando –y es ahora el verdadero Galeno el que tiene la palabra– «la melancolía o manía erótica hasta tal punto los ha alcanzado que cualquiera los puede reconocer ... con sólo poder observar sus reacciones». Comienza, pues, a partir de aquí, una nueva etapa del proceso de curación de la enfermedad, la terapéutica. Improvisado y flamante Galeno, Sempronio sentencia con el excelso

¹⁴ Véanse, a este respecto, algunos aspectos en el panorámico escenario presentado últimamente por Michael Solomon, *The Literature of Misogyny in Medieval Spain. The Arcipreste de Talavera and the Spill*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

¹⁵ Conclusión perfectamente válida y que hacían suya los médicos, como recuerda y autoriza Bernard de Gordon con estas palabras: «E por esso en tanto es su codicia (la de los que sufren esta enfermedad) que se tornan locos» (*Lilio de medicina*, Sevilla, Meinardo Ungut y Estanislao Polono, 1495, libro II, cap. XX «De amor que se dize hereos», fols. 57v-58v, en 57v).

¹⁶ Cf. *De praenotione ad Posthumum*, en *Claudii Galeni Opera Omnia*, XIV, ed. C. Gottlob Kühn, Officina libraria Caroli Cnoblochii, Lipsiae, 1821-1832, cap. VI, pp. 630-635, que repite en *De cognoscendis curandisque animi morbis* (V, cap. VI, p. 26). La noción de la pasión oculta –descubierta por un sirviente– encuentra su paralelismo en la poesía amatoria clásica, como atestigua, por ejemplo, Ovidio cuando hace decir a Canace: «Prima malum nutrix animo praesensit anili;/ prima mihi nutrix «Aeoli», dixit, «amas!»/ erubui, gremioque pudor deicit ocellos;/ haec satis in tacita signa fatentis erant» (*Heroidas* XI, 33-36).

príncipe de la medicina que «el comienzo de la salud es conocer ombre la dolencia del enfermo», y sin «arte ni aparejo» se dispone («[B]ien sé de qué pie coxqueas. Yo te sanaré»), *motu proprio*, a esta empresa. No sin que antes Calisto exprese sus dudas sobre la posibilidad de curación de la *aegritudo* que ocultaban sus alarmantes síntomas («Increyble cosa prometes», p. 220).¹⁷ Las palabras de Calisto actualizan otra cuestión médica en que se fragua una ambivalencia falaz que obliga –en beneficio del lector actual– a replantearlas bajo la perspectiva asumida por el médico y el naturalista de entonces. La causa que provoca ese cacareado dolor que aqueja de forma tan despiadada y sostenida a Calisto, «filósofo de Cupido», al no desaparecer, hacía a la enfermedad incurable. O por lo menos así nos lo quiere hacer pensar el –para nosotros cómodo– vocero de esta difundida creencia, Francisco de Villalobos, de quien recabamos una vez más su ayuda en lo que toca a los enamorados:

Así que todas las causas (etiología) y señales (semiología) tienen de la alienación como las otras especies della, sino que están éstos más presos y más ligados a su locura, por cuanto enajenaron su voluntad y la captivaron en poder ajeno. De manera que los otros querrían sanar y buscan remedio para ello, *si no es extremada su locura*, y éstos no pueden sanar ni lo pueden querer; antes procuran con todas sus fuerzas de meterse más adentro en la pasión y confirmar su dolencia con mayores causas.¹⁸

Esta incurabilidad a que alude Villalobos, generada por la recalcitrancia del propio paciente, contaba con una larga tradición entre los médicos. Avicena advierte que si esta enfermedad es habitual, es completamente incurable y vuelve a los enfermos hécticos, imbéciles, necios y algunas veces tan salvajes que se convierten en licántropos o se suicidan. Su acólito montepesulano nos asegura que «[l]a pronosticación es tal que sy los hereos non son curados caen en manía o se mueren».¹⁹ Ante las razones expuestas por tan

¹⁷ Estas palabras de Sempronio resumen el contenido del opúsculo hipocrático *Sobre la etiqueta*, especialmente los apartados cuarto y quinto, así como la parte final del apartado sexto de los *Preceptos* (*Oeuvres complètes d'Hippocrate*, IX, 231-235 y 259, respectivamente); se halla también en Galeno, *De morborum differentiis* (VI, 837) y asimismo en Séneca (libro III, epístola 29.9), que se la endosa a Epicuro: «Initium est salutis notitia peccati. Egrege mihi hoc dixisse uidetur Epicurus: nam qui peccore se nescit, corrigi non uult; deprehendas te oportet, antequam emendes» (Séneca, *Lettres à Lucilius*, I (libros I-IV), ed. F. Préchat y trad. de H. Noblot, Les Belles Lettres, París, 1976, p. 124).

¹⁸ *Comedia*, p. 489a. Por eso observa Sempronio: «Asaz es señal mortal no querer sanar» (p. 216). La diferencia entre amo y criado es, a tenor de lo dicho por Villalobos, una cuestión de grado («Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva», p. 221). Además, y como veremos a lo largo de la obra, Sempronio sabe muy bien la mer los dulces rasguños que le han propinado los (superficiales) zarpazos del amor: su perfecta curación es la pupila de Celestina, recordatorio constante de que debe evitar toda situación difícil que ponga en riesgo su vida: «Aunque por ál no desease vivir sino por ver mi Elicia, me debería guardar de peligros» (p. 216). Ello le lleva a recomendar a Calisto, muy obtusamente: «Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago» (p. 221).

¹⁹ Para Avicena, *Canon medicinae* (Venetiis, Paganinus de Paganinis, 1507, lib. III, fen I, tract. IV, cap. XXV «De cura»), donde, además, se hace referencia al cariz diabólico que presenta esta enfermedad (fol. 190v); para Bernard, *Lilio de medicina*, fol. 57v; también Vasco de Taranta, *Philonium aurem ac perutile opus practice medicine*

excelsas *auctoritates*, no debiera ser motivo de sorpresa para el lector actual que aquella *aegritudo amoris*, en la percepción general de la época, se presentara como incurable. El aparentemente justificado escepticismo de Calisto –lecturas mal digeridas–, pese a dar otra muestra de masoquista *vocación de sufrimiento* («¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene orden ni consejo?», p. 220), nos permite, no obstante, columbrar –a través del uso de estos tecnicismos médicos– su nada desvanecida esperanza de conseguir su objetivo. Un objetivo –la posesión carnal de la amada– que la convención cortés más ortodoxa había situado fuera del alcance del genuino amante, haciéndose voluntariamente inaccesible y generador de acrecentado sufrimiento. Por ello, Sempronio –que se ve a sí mismo como médico y paciente del mismo achaque que aqueja a su amo– no se amilana y tomando en volandas y como punto de arranque la mencionada sentencia hipocrática, se apresta a ingeniar su personal consejo médico. Poco le importa que instantes antes Calisto se haya negado a escuchar a nadie («Mas, puesto que entre, no quiere consolación ni consejo», p. 216), puesto que ahora sabe que el escabroso terreno que comienza a pisar su amo es el mismo que viene pateando él mismo desde hace algún tiempo. Y naturalmente que conoce a la perfección esta «dolencia» que enferma a Calisto, ya que el criado –así lo manifiesta de forma sesgada– la padece («¡Como si solamente el amor contra él asestara sus tiros!», p. 220). Al poner en boca de Sempronio esta última frase, se está rebajando, por inferencia, el valor asignado no sólo al ritual cortés, sino asimismo a la verdadera esencia del sentimiento que aparentemente sobrecoge a Calisto: amo y criado padecen el mismo mal. Por lo menos, así lo piensa este último.

No me parece casual que en este momento de la obra quede expresada una rotunda formulación ideológica, oculta tras la conducta de Calisto y Sempronio: el *amor hereos* de heroico no tiene nada, la *concupiscentia* iguala al amo con el criado. Lo cual viene a significar que esos «movimientos primeros» que condicionan la conducta de ambos rompen con su fuerza la que sostiene la establecida verticalidad jerarquizante que impone el puesto que corresponde a cada uno en la sociedad de que forman parte.²⁰ El dominio fáctico de la *cupiditas* acarrea el desplome de esta *scala socialis*, y viene a ser especie de sismica abolición de todos los elementos de soporte que le infundían sentido ético-político. Su actuación produce –como resul-

opera dantibus: quod Philonium appellatur, Lugduni, S. de Galiano, 1535, liber Primus, cap. XI «De amore hereos», fol. 23v. La advertencia final de Avicena justifica la actitud primera de temor por parte de Sempronio, quien al comprobar la extraña conducta de su amo («¿Qué cosa es?», ser despedido destempladamente («¡Ve con el diablo!»), obedecer al instante («Iré, pues solo quieres padecer de tu mal»), cree que es obra del demonio («No creo, según pienso, ir conmigo el que contigo queda», p. 221).

²⁰ Así lo ve también A. van Beysterveldt, «La adulteración del amor cortés en *La Celestina*», *La Corónica*, IV (1975-76), pp. 17-18, aunque no puedo estar de acuerdo con su idea de que Rojas inflinge un deliberado ataque a la nobleza, partiendo de consideraciones de tipo sociológico y fundadas en la calidad de converso resentido de Rojas («Nueva interpretación de *La Celestina*», *Segismundo*, XI (1977), pp. 87-116). Resentido o no, nuestro autor se limita –en mi sentir– a permitir la entrada de ideas, por boca de sus personajes, que no son necesariamente de su propia cosecha. Aunque en distinta clave poética, de forma semejante lo ve Ricardo Krauel, «Amor de nobles, amor de plebeyos: análisis de dos episodios de *Celestina*», *Anuario Medieval*, VI (1994), pp. 127-138.

tado concluyente— la radical reducción de todos los miembros que habitan el edificio social a meros mecanismos fisiológicos sometidos a las mismas leyes fisiátricas. Sus diferencias individuales serán las marcadas por la intensidad con que esta ley opere en cada uno. Tal propuesta, que despoja al individuo de todos aquellos condicionamientos que le hacen encarnarse a sí mismo como el animal político aristotélico por antonomasia —el «congregable animal» de Luis de Lucena—, no se presenta en un vacío especulativo surgido por generación espontánea. En efecto, viene introducida, casi de inmediato, por las esclarecedoras palabras de Sempromio, fiel expositor —y factótum— de la gran *fallacia aequivocationis* que se va configurando con lentitud y presidiendo el resto de toda esta escena: «¡O soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Cuánta premia pusiste en el amor, que es necesaria turbación en el amante!» (p. 220).

La referencia al *Tratado de cómo al hombre es necesario amar* no hace más que ponderar la gran fuerza de que está dotado el amor, tópico que su anónimo autor encarece con rigor, puesto que el «que propia e verdaderamente ama que algunas veces se turbe», es decir, se vuelva loco (o lo parezca).²¹ En manos de teólogos, filósofos, moralistas y confesores, el término *amor* ofrece una bivalencia semántica bien establecida, si bien desazonadora: como inclinación del instinto, *concupiscentia* natural; como deseo, *cupiditas* no necesariamente natural. En el campo de la creación literaria, esta percepción autorizaba y era consecuencia de la coexistencia dialéctica —mirándose cara a cara— de dos formas de concebir y expresar estéticamente lo erótico: la lícita y la condenable. Si entendemos por la primera la que empecinadamente rehúsa satisfacer, furtiva o legalmente, las urgencias carnales despertadas por la *cupiditas*, nos encontramos con la que, pongamos por caso, encierra en su seno la obra de Diego de San Pedro.²² En cuanto a la segunda, atizada —pese a todo— por la sostenida brisa levantada por la condena eclesiástica, va ganando sus cada vez más numerosos adeptos, entre la clerecía laica y coronada, en aulas y corredores universitarios. El grado de pecaminosidad que los siglos anteriores habían insuflado en su interior va disminuyendo con rapidez, diluyéndose —al mesurado troteillo del tiempo— el filosófico condicionante que la razón

²¹ *Del Tostado sobre el amor*, ed. P.M. Catedra, Stelle dell'Orsa, Bellaterra, 1986, texto en pp. 7-68, cita en 10. Ésta formaría parte de una falange de obras que constituyen el núcleo de lo que P.M. Catedra ha querido rotular «naturalismo amoroso universitario» (*Amor y pedagogía*, pp. 11-14 y 62). Todos estos tratados ilustran con hartura el interés que por estas cuestiones se sentía no sólo en la corte de Juan II, sino también en la de Isabel y Fernando. En ellos se baraja también la carta de la medicina como componente —otro más— esencial en la consideración de la experiencia erótica. Que no hay que ver como movimiento ideológico monocorde, sino fértil reserva donde es fácil encontrar múltiples variaciones sobre el mismo tema: el amor. En este orden de cosas, *La Celestina* revela una deuda insoslayable respecto a alguno de estos textos.

²² D.W. Robertson ha mostrado cómo la exégesis medieval del término *amor* produjo una confusión entre *caritas*, *cupiditas*, *luxuria* y *fornicatio*, propiciada fuertemente por la misma literatura de ficción, que ve las enormes posibilidades lúdicas a que invita esta ambigüedad (*A Preface to Chaucer: Studies in Medieval Perspectives*, Princeton University Press, Princeton, 1962, pp. 36-37).

teológica había endosado a la tamizada noción (aristotélica) de *cupiditas*. En otras palabras, la operación de rescate consistía en restituir, apropiándose, la pureza primigenia de la *cupiditas* como obligado paso –constantemente deseado como franco– para zambullirse en las vivificadoras aguas de la *delectatio*, su insoslayable meta final, sin otras contemplaciones.²³

Tal tendencia continuaba –renovado ahora su esfuerzo– la empresa especulativa de liberar la asediada plaza fuerte donde una avanzadilla del pensamiento naturalista –de difícil calibración– defendía desesperadamente la validez de un concepto de Naturaleza cuyo proceso evolutivo se había iniciado nada menos que a partir del siglo XII. Los sitiados querían sencillamente recordar con tesón que aquélla era un magno cosmos ontológico infundido de un orden (*ordo naturalis*) en el que cada ente tiene su lugar y, sobre todo en el humano vivir, no era otra cosa que –y esto lo había dicho Tomás de Aquino– «esse in tali natura», es decir, atenerse a su norma y alcanzar una «veritas vitae», pero muy distinta de la deseada por el Aquinense.²⁴ Su fin especulativo reside en despojarla de todo nocivo aditamento intelectual que pueda adulterarla, de suerte que sus cultivadores alcancen la meta que corone su orquestado esfuerzo: plantarse, sin lastre alguno, ante la ansiada *prisca philosophia*. De esa búsqueda, erizada de obstáculos –haciendo camino por las ya frecuentadas sendas de la ironía y la parodia–, se perciben iluminadores destellos en obras tan conocidas ya en la actualidad como pueda ser el *Tratado de cómo al hombre es necesario amar*, traído a plaza por el primer autor en este punto del primer Auto.²⁵

²³ El tipo de operación a que me refiero viene explicitada, por ejemplo, en el *Breviloquio* madrigalino, donde –en su primera proposición– además de describir al amor como «un grande aguijón de delectación», se aporta la tan manida definición («inclinación natural para engendrar a nos cosa semejante»), que entra en plaza acompañada de la *auctoritas* «de Aristóteles et de Séneca et de los otros sabidores». Hay en la visión del futuro obispo de Ávila, –y son certeras palabras las de Catedral– «un desarrollo del pensamiento de Aristóteles, flanqueado por una ortodoxia escolástica que moderaría posiciones heterodoxas a que una y otra vez diera lugar la doctrina del Filósofo» (*Amor y pedagogía*, p. 41). Es de esa ortodoxia de corte teológico y controlada por la moralidad establecida de la que, precisamente, aspira a desembarazarse ese naturalismo académico.

²⁴ *Summa theologica*, 1.18.2 y 2.109.2, respectivamente. Este autor había establecido de modo magistral una estrechísima relación entre naturaleza y vida, entre vivir y la capacidad intrínseca de cada ser para moverse o dirigirse hacia su propio fin, siguiendo el cauce ofrecido por el imperante aristotelismo, del que se nutren todos. Sin embargo los médicos –o algunos de ellos– toman un derrotero distinto en su –en muchos casos– percepción de la idea aristotélica resumida en la frase: «la vida del hombre consiste en la felicidad». Son ellos quienes interpretan este pensamiento aristotélico de la forma en que lo manifiesta, por ejemplo, Constantino Africano, que ha de verse transcrito en la palabra de Bernard de Gordon de esta manera: «Que como dize el Beatico, que assy como la felicidad es último escogimiento, assí hereos es último deleyte» (*Lilio de medicina*, fol. 57v).

²⁵ Este tratado potencia en extremo el concepto de *delectatio* ignorando totalmente la definición teleológica tradicional –que no rehúyen los médicos necesariamente– de los moralistas. A la gestación de este espíritu contribuía un factor importante, la calle, continuación de la atmósfera vivencial universitaria, sobre todo en ciudades castellanas como Salamanca. De la incidencia socio-demográfica de este vector, referido a *La Celestina*, acúdase a F. Márquez Villanueva, *Orígenes y sociología del tema celestinesco* (Anthropos, Barcelona, 1993), de modo especial

Las palabras de Sempronio ilustran en qué consiste –por si no lo supiéramos a estas alturas– la «turbación» de Calisto. Valiéndose de un símil tauromáquico, el circunstancial moralista y servidor de Calisto identifica la ruptura de los límites de la razón, destruidos por la locura de los amantes, con el sufrimiento experimentado en la lidia por los alanzados toros. En definitiva, el desenfrenado deseo por la hembra –el «grande agujijón de delectación» de nuestro buen Tostado– es el responsable (y la meta) de aquella desastrada conducta del demente enamorado:

Su límite (el del amor) pusiste a maravilla. Parece al amante que atrás queda. Todos pasan, todos rompen, pungidos y garrochados como ligeros toros. Sin freno saltan por las barreras. Mandaste (Dios) al hombre por la mujer dejar el padre y la madre; ahora no sólo aquello, mas a ti y a tu ley desemparan, como ahora Calisto; del cual no me maravillo, pues los sabios, los profetas, por ellas te olvidaron (p. 221).²⁶

Las connotaciones que genera el diálogo entre Calisto y Sempronio superan las aparentes limitaciones a que se verían sometidas, intrínsecamente, si sólo encarnaran el mensaje encerrado en *topos* tan manido como el que introducen. Y ello será a condición que restituyamos este diálogo al rigor perspectivista de que –dentro del marco médico– hemos querido dotar a nuestra indagatoria exploración. No es tampoco nueva en esta plaza de la crítica celestinesca, ya que, años atrás, fue emprendida por algunos críticos, que columbraron con acierto el entreverado paródico que permite detectar la burlesca praxis médica instrumentada por Sempronio en esta escena de la obra.²⁷ Claro que los primeros auxilios prestados en el depauperado botiquín de urgencia de Sempronio no hacen más que desenmascarar la errada vía terapéutica que ha de iniciar el criado, paso previo a la irrupción en escena –y lo anticipo– del médico experimentado (Celestina), que logrará sanar –si bien temporalmente– a su amo. Tampoco, en otro orden de cosas, deben ocultar la presencia de un principio fundamental de carácter científico –tomado como inquebrantable– que ahora simplemente nos limitaremos a enunciar: la intrínseca inferioridad de la hembra respecto al varón, manantío de donde brota la corriente misógina que alimentan otros arroyuelos ideológicos –¿«deleitables fontecicas de filosofía»?– que han de aumentar su caudal.²⁸ Nos las habemos, pues, con Aristóteles, simultáneo en pp. 124-137, páginas de las que quiero entresacar lo siguiente: «Pero las prédicas y condenas de la lujuria universitaria se recibían (donde existieron) con ánimo de quien escucha llover, y nunca desembocaron, que sepamos, en medidas desesperadas, ni menos aún en tragedias de ninguna clase» (p. 136).

²⁶ La falacia que generan las líneas procedentes del mencionado tratado consiste en que –como bien ha hecho notar Cátedra– no son *todos* «los sabios» y «los profetas», sino, simplemente, unos cuantos (*Amor y pedagogía*, pp. 120-123).

²⁷ *Vid. supra*, n. 11. Por su parte, Solomon me permite ahorrar espacio impreso, en cuanto a la próxima fase se refiere, cuando dice: «He (Sempronio) frankly identifies Calisto's illness as a love of Melibea which has captured his will, and he proceeds to warn Calisto of the dangers and inconveniences of women» («Calisto's Ailment», p.46).

²⁸ De poco servía ya, cuando se atisbaba el naciente siglo, la elocuente defensa que de la mujer había pergeñado, en los primeros años del anterior, Christine de Pizan (1364-1430) en su *Epistre au dieu d'amour*. Tanto el au-

arquitecto y piedra angular que fabrica y sostiene el edificio donde la filosofía natural alberga –haciéndolo su hogar en el medioevo tardío– la noción científica que crea intelectualmente la realidad ontobiológica y fisiológica de la mujer. Sin contar, por supuesto, con la autoridad de Galeno –remachada por Avicena–, que tanta mano muestra en aparejar la concepción científica del médico y del naturalista de la época. El contundente martilleo sobre esta cuestión (devenida ya bio-ética) que ejecutan Alberto Magno y Tomás de Aquino, ambos fervientes seguidores de la obra biológica del Filósofo, remacha aquella afirmación como hecho científico irreversible. En efecto, ningún esfuerzo suponía tampoco a los (filósofos) naturales admitir que las mujeres eran no sólo intelectual, sino también moralmente inferiores a los hombres; la dominación masculina era, pues, imperioso dictado de la voluntad de la Naturaleza; la aspiración de hacer valer un pretendido principio de igualdad entre hombres y mujeres constituía un grave atentado –que también denuncia el de Aquino– contra los intereses del individuo (el hombre, claro) y la comunidad.²⁹

En estos aceptados principios se basará, pues, el proceso curativo que el criado intentará desplegar –tomando la *via philosophorum*–, al echar mano de los recursos a su alcance. Sempronio es, a partir de este momento, sumiso y escueto portavoz de esta opinión, de la que no recela dar muestra de inmediato cuando, ante las protestas de Calisto («¿Qué me reprobas?»), le echa en cara su nada varonil actitud ante Melibea («Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer», p. 222). Se entabla así un dialéctico debate de tono festivo y hasta burlón, que nada tiene de doctrinal y sí mucho remeda la ya entonces bien conocida anécdota de la trifulca sostenida entre el griego y el romano, que tan jocosamente había regalado el Arcipreste de Hita a sus oyentes y lectores. Ante la recalcitrancia de Calisto («¿Oýste qué blasfemia? ¿Viste qué ceguedad?», p. 222), su criado no puede reprimir su ira –con grosero toque de odio clasista– y se dispone a buscar la apropiada gratificación oral que le brinda el momento, desencadenando un encendido careo con su amo. En este festivo duelo –en el que queda descalabrada la intocable solemnidad del debate aca-

tor del *Ecclesiasticus* (25, pp. 22-26) como los teólogos (Tomás de Aquino, Alejandro de Hales, etc.), unos con sus imprecaciones y otros con sus elucubraciones filosóficas, habían saldado definitivamente la identificación de la mujer con el mal («Ésta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleites del paraíso», dirá Sempronio). Tomás llega a afirmar que, por naturaleza, la hembra «minoris virtutis et dignitatis quam vir [est]» y que «mulier esset futura viro in occasionem peccati», y otras lindezas de semejante jaez (*Summa theologica*, 1a.92,1). Llega incluso a ser el impulsor de la propagada noción de que la mujer es uno más «aliorum monstruorum naturae» (*De veritate*, 5, 9d.9), especie que alcanza –incólume– el siglo XVI y toca incluso a médicos famosos. Ver, para Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, Kari Elisabeth Børresen, *Subordination and Equivalence. The Nature and Role of Women in Augustine and Thomas Aquinas*, University Press of America, Washington, 1981.

²⁹ Tomás se hace también de la dimensión ético-política de este pensamiento del maestro griego: «Defuisset enim bonum ordinis in humana multitudine si quidam per alios sapientiores gubernati non fuissent. Et sic ex tali subiectione naturaliter femina subjecta est viro, quia naturaliter in homine magis abundat discretio rationis» (*Summa theologica* 1a.92, 2). Ver la excelente síntesis de Anthony J. Lisska, *Aquinas's Theory of Natural Law: An Analytic Reconstruction*, Clarendon Press, Oxford-Nueva York, 1996.

démico—, Sempronio no desdena la oportunidad de someter a su amo a una festiva sesión de flagelación verbal en que, sacados a relucir algunos trapillos sucios de herencia familiar («Lo de tu abuela con el ximio, ¿fablilla fue?», p. 224), quedan malparados tanto la honra como el orgullo del joven caballero.

Ante la arrogante contraofensiva de su señor («¡Maldito sea este necio y qué porradas dice!»), Sempronio se siente herido en su amor propio, adopta un aire de empinada autoridad en la materia y, finalmente, despliega —sin ningún éxito— la que le ofrecen en bandeja de plata las genuinas *auctoritates*. En efecto, los conocidos parlamentos —tríptico denostatorio femenino— que Sempronio va labrando a continuación («Lee los historiales, estudia los filósofos...», pp. 224-228) se revelan como esenciales para la empresa que él mismo se ha asignado momentos antes, ya que representan el momento en que se inicia una nueva fase clínica. Viene caracterizada por la utilización de una variante terapéutica bien conocida de todos, la logoterapia, y un contenido doctrinal, el que avalan los nombres de los *auctores* que lo ungen y canonizan, de tan variada procedencia («Gentiles, judíos, christianos y moros, todos en concordia están», p. 225). Por añadidura, había de tenerse presente —y esto bien lo sabían los médicos letrados, no Sempronio— que Galeno se enorgullece de haber curado muchas enfermedades corporales apaciguando las perturbaciones anímicas sólo con remedios físicos, invenciones sutiles y también con sabios consejos, que son —dice el griego— «los remedios del alma enferma».³⁰

No ha de sorprendernos, por otra parte, que la praxis que comienza a instrumentar Sempronio no se aleja nada, en principio, de lo recomendado por la ciencia médica. De manera semejante la concibe Bernard de Gordon en la primera fase de la cura del *amor hereos* que incluye en su *Lilio de medicina*:

O este paciente está obediente a la razón o no. E si es obediente, quiten lo de aquella falsa opinión o ymaginación algund varón sabio de quien tema τ de quien aya verguença con palabras y amonestaciones, mostrándole los peligros del mundo τ del día del iuyzio τ los gozos del parayso.³¹

³⁰ *De praenotione ad Posthumum*, IX, cap. VI, pp. 630-635, cita en p. 635. La misma idea viene expresada por Esquilo, quien afirma que «cuando el alma está enferma, las palabras son el mejor médico» (*Prometeo encadenado*, v. 380). En cuanto a la logoterapia, vid. P. Laín Entralgo, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica* (Revista de Occidente, Madrid, 1958), especialmente pp. 199-241; L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico* (Ediciones Guadarrama -Crítica y Ensayo 50-, Madrid, 1969), pp. 217-228.

³¹ *Lilio de medicina*, fol. 58r. Siguiendo dócilmente a Avicena —lo hace también Bernard—, el licenciado Villalobos lo confirma en el sexto remedio que compone su decálogo terapéutico: «Y sesto, que amigos y nobles parientes/ y hombres prudentes y de autoridad/ con sus ortaciones le hagan presentes/ los muchos peligros, los inconuenientes» (*Sumario*, p. 59a). Claro está que todos ellos siguen a Galeno (*De cognotione curandi animi morbis*, V, cap. VI), quien afirma que «no debemos dejar esta tarea a cualquiera, sino a hombres ancianos que gocen de fama de buenos y nobles» (p. 30).

Claro que ni la tozudez de Calisto –«firmeza» la llama él mismo– ni la *sapientia* que encarece el prestigioso y sesudo profesor de Montpellier y de la que carece totalmente el cazurro criado castellano, hacen viables las mismas circunstancias que señala este texto. Sempronio dista mucho de ser sabio varón y, por cima de todo, individuo a quien su amo respete y considere, como atestigua la escena que estamos presenciando. Lo cual, en cambio, no distancia este remedio casero de aquellos que se dispensaban como paliativos –nunca curativos– en el medio social en que se mueven amo y criado y que menciona Bernard. De suerte que nuestro pseudogaleno cae –cegado momentáneamente por su plebeyo amor propio– en el error de instrumentar un consejo cuya eficacia bien podía ponerse en entredicho. En efecto, viene a traducirse en el mismo error en que incurrierán asimismo, con excesiva e incómoda frecuencia, muchos médicos –todos ellos letrados– ante caso clínico similar. En otras palabras, el correlato de la realidad extratextual mostraba, sin ningún paliativo, que el *remedium amoris* se había transmutado en prédica, en extemporáneo sermón: esta medida terapéutica, tanto más desprestigiada cuanto menos seguida por el enamorado, se presenta más bien como recurso propio de la *reprobatio amoris* del predicador, y por lo mismo inútil en razón de su ineficacia. Así pues, en la realidad de ficción que entretejen amo y criado, de nada valen tampoco las máximas autoridades de escritura de tal jaez que éste pueda esgrimir, incapaces de disipar el padecimiento del primero. En resumidas cuentas, el error de Sempronio reside, al fin y a la postre, en aparentar creer algo en que nunca ha creído.³²

Consecuentemente, Calisto no desaprovecha la ocasión de evidenciar la inoperancia de las medidas terapéuticas emprendidas por su criado cuando vuelve a insistir sobre su malentendida firmeza: «Mientras más me dizes y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es» (p. 228). Se hace eco, en mi opinión, de lo expresado en la antigüedad clásica por los testimonios de médicos y poetas, con Galeno a la cabeza. Canta éste –por boca de Eurípides– esta declaración al acorde de una metáfora: «Venus no cede, aunque se la amoneste; por más que se intente contrariarla, mucho más trata ella de extender sus redes: el amor denostado aprieta con más fuerza». Su eco poético reverbera, por ejemplo, en las palabras de Píndaro, quien, al referirse a los amores prohibidos por las leyes divinas o humanas –en el trágico caso de la leyenda de Ixión y Hera–, expone que los hombres los buscan aún más y enloquecen también por lo que no pueden conseguir. Pero es sobre todo el mismo Estagirita –ignorado convenientemente por el criado y por otros muchos más empinados que él en su sabiduría– quien nos enseña que «aquel que vive siguiendo sus pasiones no oírán ni entenderá los razonamientos de

³² Muy bien lo expresa G.A. Shipley cuando dice de Sempronio: «Hoping to secure his own interests by serving his master's, the servant applies *verbal analgesics* (mío es el énfasis) to the lover's wound before rushing to fetch the doctor». Y no menos bien lo condensa cuando señala: «Our maximum Authorities, it seems, have no more authority than the rest of us when it comes to sex» («Authority and Experience in *La Celestina*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXII:1 (1985), pp. 95-111, las citas en pp. 95 y 97, respectivamente).

quien intenta disuadirle, puesto que el miedo y la concupiscencia le hacen inmune a la enseñanza moral. Y si es así, es de todo punto imposible hacerle cambiar de idea razonando».³³

Por eso el antiguo autor, en voz de Sempronio y mediando la actitud de Calisto, enuncia la irracionalidad de éste, raíz del mal que le aqueja a él y a «palabras de Rojas» («la más gente vuelta y mezclada en vicios de amor», que «a sus amigas llaman y dizen ser su dios» (p. 205). De ahí el fuerte tufo *didáctico* que despide este pasaje del Auto primero, caldera donde se está cociendo —a fuego lento— la esencia primigenia, geminal, del conocimiento mismo y de su adquisición. Ésta es la idea que transcriben, en mi opinión, las despectivas palabras de Sempronio, que de forma transitoria y fugaz podrían considerarse capaces de zafarse del tono festivo inicial del torneo que sostiene con Calisto: «No es éste juyzio para moços, según veo, que no se saben a razón someter, no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo» (p. 228). Es, pues, una cuestión de maestros y discípulos y donde la razón marca las reglas del juego de una *ars*. Pero no de cualquiera de las *artes* del *trivium* o el *quadrivium*, sino una variante de la *ars vivendi*, la más liberal de todas, la *ars amandi*; su perfecto conocimiento sólo puede detentarlo el maestro a través de la única vía cognoscitiva posible en esta disciplina —que ningún texto posee—, la experiencia. Es, por tanto, la vida la verdadera maestra que, en el sentir de Sempronio, enseña al hombre a utilizar la razón como norma de conducta que ha de defenderle de las artimañas de la mujer. Sólo en este sentido, es decir, desensamascarándolas y mostrándolas cual son en su congénita maldad, son éstas maestras del hombre, sin que por ello pierdan el estigma que las marca de ser, por añadidura, culpables de su engaño y seducción. De ellas no tiene empacho Sempronio en señalar:

¡O qué plaga! ¡O qué enojo! ¡O qué fastío es conferir con ellas más [que] aquel breve tiempo que son aparejadas [a] deleyte!» ... Ponte, pues, en la medida de honrra; piensa ser más digno de lo que te reputas; que cierto peor extremo es dexarse hombre caer de su merescimiento que ponerse en más alto lugar que deve (p. 228).³⁴

³³ Váyase, para Galeno, al libro V, cap. III del *De placitis Hippocratis et Platonis* (*On the Doctrines of Hippocrates and Plato. Edition, Translation and Commentary by Phillip De Lacy*, First Part, Books I-V, (Academia Scientiarum, Berlín, 1981), pp. 305-313. En el capítulo anterior (299.23-24), Galeno sostiene que para poder curar el alma es fundamental reconocer cuál es el momento propicio para que intervenga el médico, cosa que no tiene en cuenta Sempronio; para Píndaro, *Odas píticas*, II, antístrofa II; para Aristóteles, *Ethica nicomachea*, 10.9.1.179b, 26-29 (mía es la traducción de estos textos):

³⁴ Nuestro Sempronio tampoco se conmisera de los males y aflicciones que asaltan a su amo, como hace —nos dice Aristóteles— el verdadero amigo, que se duele de ellos más que de los propios (*Rhetorica*, 2.4.1.380b-1.381a). En otro orden de cosas, Solomon disiente —y creo que con razón— de Shipley, quien piensa que «there is considerable pleasure to be got from the pure, impractical exercise of language» («Authority», p. 96). Afirma el primero lo que sigue: «However enjoyable these interchanges are to the reader, there is more at stake for Sempronio and Calisto than the mere pleasure of rhetorical gymnastics. The outcome of the debate will determine the course of events to follow. Implied in Sempronio's rhetoric is that Calisto will be distracted sufficiently to lose interest in Melibea» («Calisto's Ailment», p. 48).

En síntesis, los dictados de la viril *cupiditas* crean su propio código moral, una especie de *Ethica ovidiana* en virtud de la cual el hombre anhela obtener la *delectatio* como fin físico-psicológico insoslayable y último. Esto es, en definitiva, lo que condiciona y da sentido a todo tipo de relación entre hombre y mujer, quienes —así nos lo declara el profesor de Montpellier— «con furia e ímpetu se mueven a conplir el coytu».³⁵ Por esta razón, Sempronio se apresta a infundir en el ánimo de su señor uno de los elementos básicos sobre los que descansa esta actitud, puesto que en él se confabulan felizmente todos los valiosos atributos que madre Natura ha prodigado en sus favorecidos,

conviene a saber: hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, ligereza. Y allende de esto, Fortuna medianamente partió contigo —halaga el siervo a su señor— lo suyo en tal cantidad que los bienes que tienes de dentro, con los de fuera resplandecen. Porque —y aquí Sempronio arrima el ascua a su sardina— sin los bienes de fuera, de los cuales la Fortuna es señora, a ninguno acaece en esta vida ser bienaventurado. Y más, a constelación de todos eres amado (p. 229).

A continuación, Calisto («¡En sus trece está este necio!», p. 231) logra desplegar —a contrapelo de las hirientes réplicas y jocosos apartes de su criado— su propio tríptico, tan opuesto al cincelado por su criado, ya que, a sus ojos, encierra la perfección de Melibea.³⁶ El criado permanece inalterado y, en su calidad de improvisado galeno transmutado en sentencioso moralista, espeta a su amo su definitiva *conclusio* («Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres más digno»), remachando la consiguiente *dubitatio* de su adversario («¿En qué?») con palabra del *Malleus sophistarum* por excelencia y saldando, de una vez por todas, la *quaestio disputata*: «En que ella es imperfecta, por el qual defecto desea y apetece a ti y a otro menor que tú. ¿No has leýdo el Filósofo do dize: «Assí como la materia apetece a la forma, así la muger al varón?»» (p. 232).³⁷ Estas palabras de

³⁵ *Lilio de medicina*, fol. 58rb. En cuanto al alto grado de *delectatio* asignado al acto sexual, Arnau de Vilanova apostilla: «Hic autem amor furiosus, cum particulare rei exemplo lucidius pateat inter virum et mulierem, videtur imperio subiugato rationis incendi, propter singularem coytus delectationem» (*De parte operativa*, en *Opera omnia*, Lugduni, Franciscum Fradin, 1509, fol. 249v). Ésta es la concepción que priva en *La Celestina* y en todos los personajes que participan en este ritual; por eso concuerdo plenamente con Charles Fraker cuando concluye: «The fact is that coitus in *Celestina* is the most wholesome thing in the world; at least the first of Calisto's encounters with Melibea is by any standards a very good thing» («The Four Humors in *Celestina*», en *Fernando de Rojas and Celestina: Approaching the Fifth Centenary. Proceedings of an International Conference in Commemoration of the 450th Anniversary of the Death of Fernando de Rojas*, Purdue University, West Lafayette, Indiana 21-24 November 1991, ed. I.A. Corfis y J.T. Snow, Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison, 1993, pp. 129-154, aquí p. 146).

³⁶ El cariz de onanismo —*via oralis*— que presenta el pictórico tríptico que de Melibea presenta Calisto ha sido últimamente señalado por Solomon: «By detailing Melibea's physical attributes Calisto attempts to nullify the distracting effects of Sempronio's diatribe against women by exciting himself with erotic descriptions» («Calisto's Ailment», p. 52).

³⁷ Falaz manipulación del Estagirita: «Materia appetit formas rerum, ut femina virum, turpe honestum» (*Physica*, I.9. 192a.21-22). Desde Aristóteles («mulier est animal imperfectus»), pasando por *Il Corbaccio* («la femmina è animale imperfetto, passionata da mille passioni...») hasta el *De amoris remedio* de Piccolomini («mulier est

Sempronio producen el efecto contrario del esperado, provocando un brusco cambio humoral en su paciente. En efecto, ve, decepcionado, que su acción dialéctica no ha causado en Calisto el efecto apetecido; es más, en lugar de ocasionar una corriente simpática que catapulte a su amo —en alas de la euforia— a los dominios de la alegría, su rimbombante estrategia terapéutica sume a aquél en otro momento de sombría depresión. Lo cual no impide que, pese a todo, el desconsolado joven no exprese, al filo del dolor provocado por el deseo insatisfecho, su ardiente ansia de unión sexual con la dama de sus pensamientos («¡O triste, y cuándo veré yo eso entre mí y Melibea!», p. 232).³⁸

Llegamos ahora al punto álgido en que, de forma un tanto oblicua, Sempronio reconoce la inutilidad de su esfuerzo terapéutico, que no ha logrado ni incluso paliar el agudo estado de desazón psicológica en que parece estar inmerso su señor. La intrínseca torpeza que atenaza su improvisada praxis no le desvía de su verdadero objetivo —sacar partido de la situación— ni le invita a menoscabar su adquirida superioridad de maestro, fruto de la incondicional y escandalosa rendición protagonizada por su señor. En esta tesitura se ponen de manifiesto dos realidades subyacentes bajo lo acaecido hasta el momento: por una parte, se evidencia que el padecimiento que sufre Calisto no es el tan traído y llevado *amor hereos*, verdugo del amante cortés; por otra, todas sus señales apuntan a una causa patógena muy sencilla, su agudizada lujuria. Una lujuria que, en el sentir de Sempronio —recuperado ya de su pasajera *alienatio*—, hace que Calisto vea la realidad «[c]on ojos de alinde, con que lo poco parece mucho y lo pequeño grande» (p. 233), desvirtuándola en ese proceso y haciendo de su vida, en consecuencia, un *engaño a los ojos*.³⁹

animal imperfectum varium, fallax, multis moribus passionibus subjectum...»), es *topos* repetido hasta la saciedad en la literatura doctrinal de la segunda mitad del siglo xv. Ver, en general, a Prudence Allen, *The Concept of Woman. The Aristotelian Revolution, 750 B.C.-A.D. 1250* (Eden Press, Montreal, 1985), pp. 413-468, especialmente pp. 413-468; y un trabajo más reciente: *Sexual Knowledge, sexual Science: the History of Attitudes to Sexuality*, ed. R. Porter y M. Teich, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

³⁸ Así también lo ha visto Solomon: «Calisto, however, has no desire to forget Melibea; on the contrary he associates the end of his suffering with that moment when he acquires Melibea's love» («Calisto's Ailment», p. 48). En otras palabras, el consejo de Sempronio no había acercado a su paciente ni un ápice a aquella saciedad recomendada por Ovidio —con cualquier mujer— en su *Remedia amoris*: «Hortor et ut pariter binas habeatis amicas; Fortior est, plures si quis habere potest./ Secta biparlito cum mens discurrit utroque,/ Alterius uires subtrahit alter amor» (vv. 441-444). Ni tampoco podía resignarse Calisto con el, para él, poco convincente consejo de Averroes, quien pensaba que debía evitarse a toda costa el coito para conservar la salud (*Averrois cordubensis Colliget libri VII*, Venetiis, apud Iuntas, 1563, fol. 77v).

³⁹ No se olvide que el mismo Platón establece una estrecha conexión del amor-pasión con el complejo fenómeno de la visión, de suerte que lo compara en el *Phaedrus* con una afección ocular, la *ophthalmia* (*Platonos hapanta ta sozomena: Platonis opera quae extant omnia*, Ginebra, Henricus Stephanus, 1578, XXII, 255C). Por su parte Virgilio, en las *Bucólicas*, advierte lo siguiente: «me tamen urit amor; quis enim modus adsit amor?! ah, Corydon, Corydon, quae te dementia cepit?» (Égloga II, 68-69). Para una orientación complementaria de lo que aquí tan escuetamente se ha dicho sobre esta cuestión, véase al Estudio Preliminar de la edición de J. Rodríguez Puértolas (pp. 32-34), y E. Gascón Vera, «Visión y razón: elementos trágicos en *La Celestina*», *Estudios en homenaje a Enrique Ruíz-Fornells*, ed. J. Fernández Jiménez et alii, Erie, PA, ALDEEU, 1990, pp. 246-254.

Por ello, finalizado ya el ridículo debate con su criado, el pírrico triunfo que su orgullo pudiera atribuirle no producirá en Calisto ningún beneficio, puesto que en nada ha cambiado su situación. Su propio sufrimiento, testigo indeleble del deseo insatisfecho, pregona lo irreversible de aquella derrota. Una derrota que anticipadamente augura la entrada en escena de otra *dramatis personā* que suplantará los inútiles servicios de Sempronio. Prueba de ello es que éste, cuyos ojos nunca pierden de vista el primordial objetivo que preside su conducta ante Calisto, es consciente de que tiene que cambiar de táctica al disponerse ahora a insuflar un ligero sople de esperanza en su desesperado paciente: «Y porque no te desespere, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo» (p. 233). Esta empresa presupone para él renunciar a la artificiosa posición que tan precariamente ha detentado hasta aquí y asumir otra que encaja más pertinentemente con su verdadero estado y condición. En efecto, se opera, frente a esa especie de reflujo en la marea pasional del señor, una transmutación funcional en el criado, quien pretende devenir en este mismo instante el adecuado intermediario —esta vez sólo como sirviente— para llegar al objetivo apetecido por su amo. Es ahora cuando su *modus loquendi* genera un brusco cambio humoral en Calisto, quien —por primera vez en esta escena— manifiesta un fogaño de incontenible alegría ante la inesperada posibilidad de ver cumplidos sus deseos. Por muy poco plausible que se le aparezca la esperanzadora palabra de Sempronio, Calisto —en movimiento reflejo de torpeza no exenta de ironía («¡Qué glorioso me es oírte, aunque no espero que lo has de hazer»)— se aferra a esta remota posibilidad y, ante la insistencia de éxito que explicita su criado («Antes lo haré cierto»), se apresura a prometerle un concreto beneficio: «Dios te consuele. El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístelo tú» (p. 233). Así, la incitante mención de un concreto galardón —tan distinto del que aspira a recibir Calisto de Melibea— trae consigo un juicio de valor, en el que se potencia la alentadora, aunque remota, promesa de curación y se desdeña, a cambio, la deficiente praxis oficiada por el falso curador hasta el momento. Incurren amo y criado en error por partida doble al atentar —el uno y el otro— contra la norma que dicta la etiqueta médica que regula la relación curador-paciente en su conducta. Y me explico. La dominación que debe ejercer el médico sobre su paciente viene justificada, profesional y éticamente, desde la atalaya que ofrece a ambos esta panorámica bipersonal: la que percibe su relación en idéntica manera en que se articula la feudal y estableciendo los derechos y deberes de ambos. De esta suerte, la función *señorial* a que se obliga el médico se centrará en conseguir la gratificación (la salud) del enfermo; la de éste, en cambio, reside en dejarse gratificar con docilidad. En el término hipocrático *xárites* queda condensado el talante benévolo, generoso y gratuito a que obliga el ejercicio de la medicina al médico genuino en su praxis y que no le es permitido olvidar. Como contrapartida, el paciente debe obediencia a su médico, entregándose con alegría a la voluntad de aquél, aceptándole como *medicus gratus*. Éste, a su vez, movido por su compasivo *ethos*, utilizará el adecuado tratamiento que haga viable al enfermo recobrar la salud perdida. Mediante la vía carismática, apuntalada por el vigor de este concepto, el curador deviene pa-

ternal consejero y se arroga para sí –por añadidura– la función de guía espiritual de su paciente.⁴⁰

Por eso, la actuación de Sempronio mancilla impunemente esta imagen del médico hipocrático, destruyendo de raíz los venerados fundamentos sobre los que se asienta su profesional concepto de *ethos*, tan caro a la medicina hipocrática. Cegado por su sed de efímera recompensa (el jubón), piensa que ésta ha de verse aumentada a tenor de la holgada norma que propone su propia codicia, espoleada por las favorables circunstancias creadas por la insensatez de su señor: «Prospérete Dios –le replica– por éste y por muchos más que me darás». Y en un esclarecedor aparte, añade rufianescamente: «De la burla yo me llevó lo mejor. Con todo, si destos agujijones me da, traérgela he hasta la cama. ¡Bueno ando! Házelo esto que me dio mi amo; que sin merced, imposible es obrasse bien ninguna cosa» (p. 233). Y después de todo, es la misma impostura de Calisto –el deseo de ver a Melibea en su nada talámico lecho– lo que condiciona su conducta: la docilidad que muestra hacia su nada gracioso médico le ha aherrojado en la más abyecta de las sumisiones, vedada a todo señor ante un criado. Reacio a asumir su autonomía moral y paralizado para tomar sus propias decisiones, Calisto abandona su suerte a la que pueda depararle su servidor («¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?», p. 233). La continua capitulación de su persona proyecta a Calisto a un último absurdo: hace recaer la responsabilidad de su posible curación en los siempre escabrosos manejos de una *vetula*.

En efecto, Sempronio, abandonando a estas alturas de la situación su primera y grotesca intención, cambia el rumbo de su estrategia –su mismo sentido de *necessitas* y *utilitas* así se lo imponen– y se presenta ahora como faraute anunciador de un *artifex factivus sanitatis* que supondrá la introducción de otro paradigma terapéutico. He aquí las credenciales anunciadas por el criado y que anticipan la intervención de su protagonista y oficiante:

Yo te lo diré. Días ha grandes que conozco, en fin de esta vezindad, una vieja barbuda que se dize Celestina, hechizera astuta, sagaz en quantas maldades ay. Entiendo que passan de cinco mill virgos los que se han hecho y deshecho por su *auctoridad* en esta cibdad. A las duras piedras promoverá y provocará a luxuria *si quiere* (p. 234).⁴¹

⁴⁰ Por tanto, no pasen desapercibidas las escandalosas recomendaciones que Sempronio presentará más tarde a su señor –invirtiendo descaradamente su sentido y dirección– respecto a cómo debe comportarse ante Celestina: «Yo te la traeré hasta acá. Por esso aparéjate; seyle *gracioso*, seyle *franco*; estudia, mientras vó yo, de le dezir tu pena tan bien como ella te dará el *remedio*» (p. 234). Para el concepto de *medicus gratusus*, vid. W. Riese, «Les gracieusetés à l'égard des malades; commentaire de Galien sur *Epidémies*, VI, section 4, division 7», *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, CL (1960), pp. 145-162; «La pensée morale de Galien», *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, CLIII (1963), pp. 331-346. Mucho más extensamente, en K. Deichgräber, *Medicus gratusus: Untersuchungen zu einem griechischen Artzsbild mit dem Anhang Testamentum Hippocratis und Rhazes' De indulgentia medici* (Akademie der Wissenschaften und der Literatur, Franz Steiner, Wiesbaden, 1970); P. Laín Entralgo, *La relación médico-enfermo*, Alianza Universidad, Madrid, 1983, especialmente pp. 137-163.

⁴¹ La entrada en escena de Celestina es, pues, resultado de la dinámica que pone en marcha un peculiar *mundus inversus*. Este momento captura el irónico desenlace de todo un proceso dialéctico en que queda dilucidada no sólo la cuestión del principio de autoridad, sino también el de la esencia de la *sapientia*. Para el primer aspecto,

El *regimen sanitatis* que ha de proponer se distanciará, tanto en la praxis como en los resultados, del desplegado hasta ahora por Sempronio, transido de adulteración. El criado, consciente de su propio fracaso, se alza ahora –cual mesiánico anunciador y arrabalero juanbautista– como intermediario entre su amo y el verdadero *artifex factivus sanitatis*, Celestina. La laxitud de costumbres y el submundo que generaba, ante y después de todo, propiciaban e infundían valor credencial a la falacia que se oculta tras la actuación de Sempronio. Consistía ésta no tanto en creer factible la curación mediando «arte y aparejo» –las armas con que arremete la medicina académica contra el enemigo común, la enfermedad– sino en pensar con firmeza que *cualquiera* que no poseyera la formación adecuada –la cotizada *sapientia* del escolar o la solicitada *experientia* de que se ve adornada la *vetula*– podía hacerlo. Al erigirse como improvisado curador de su amo, Sempronio instrumenta todo un proceso judicial –paródico, naturalmente– en el que el primitivo autor ahora y Rojas más adelante, *dei ex machina*, ponen en el banquillo de los acusados a la misma *scientia medica*. La sentencia final e inapelable es la condena inmisericorde de un paradigma terapéutico cuyo crimen es el de su inherente incapacidad de hacer frente a las necesidades del paciente. Se trataba, simplemente, de un ejemplo más de subversión de ciertos valores establecidos, tan habitual en el quehacer estético –e ideológico– del anónimo y del jurista de Puebla de Montalbán, quedando confirmada de nuevo la ley de contraste bipolar que regula la relación teoría-práctica en su obra. Así lo corrobora de nuevo un hecho –que se da aquí y a lo largo de toda la obra– inexcusable: la ausencia total del médico letrado, que brilla meridiano en cuanto que este profesional viene a ser suplantado, con varia fortuna, por dos personajes procedentes de un submundo social parasitario, el ajeno a su cometido (Sempronio) o, peor aún, el intruso, oficiante de una modalidad ilícita y repudiable (Celestina). En resumidas cuentas, suplanta nuestro personaje –o más bien, desea suplantar– la figura del curador que se dispone a ejecutar un cometido ajeno a sus habilidades pensando más en una recompensa que en las consecuencias que han de acarrear sus acciones; ignorante del fracaso que, tarde o temprano, pasará insoslayable factura. Así pues, en ese mismo instante de la obra, la hora de la *vetula* había sonado.

Por tanto, no parece despreciable las escabrosas recomendaciones que Sempronio hace en el sector –invirtiendo desafortunadamente la acción y el objeto– respecto a cómo debe comportarse ante Celestina. Yo te lo tiene hasta acá. Por eso apártate, septe vacados, septe vacados, mientras yo voy de lo de dar lo que tan bien como ella te da a los ranchos (p. 237). Para el concepto de medicina ranchera, véase W. Riese, «Las prácticas de la legación de las almas: comentario de Galienus en el folio 237 de la división 237 de la edición crítica de la France et de l'Allemagne» (1960), pp. 142-162; y la ponencia presentada en el congreso de la France et de l'Allemagne (1963), pp. 171-174. Véase más extensamente en K. Fischbacher, *Medicina ranchera. Un estudio de la medicina ranchera en el Anhang Transilvaniae Hungaricae und Rhaetia*, pp. 125-126. Véase también el artículo de G.A. Shipley en su ya mencionado artículo «Authority and Experience», del que entresaco estas líneas que resumen la actuación de Sempronio como iluso curador y la futura eficacia de Celestina: «Celestina is widely esteemed as a masterful practitioner of arts that, while they lack the prestige and sublime legitimacy of the *auctores*, never lose currency, efficacy, or authority» (p. 97). Del segundo, con Celestina como *axis mundi* en esta función terapéutica, me ocuparé en el próximo futuro.